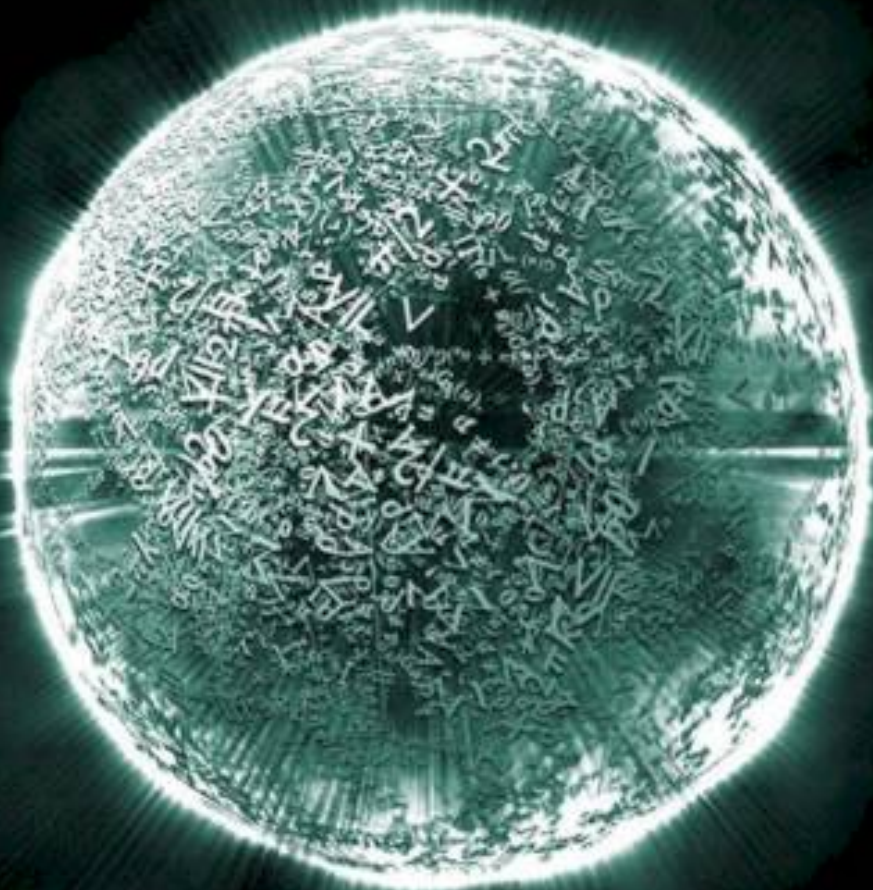


GREG EGAN

L U M I N O S O



Una plaga genética crea un reducto ecológico artificial en pleno Amazonas donde los visitantes no son bienvenidos. La secuenciación del genoma permite remontarse por las líneas de parentesco hasta hallar al antepasado común de toda la humanidad. Un fallo en las matemáticas abre escalofriantes posibilidades en la física. Si pudieras conocer tus procesos mentales al detalle, ¿crees que encontrarías un único «yo» en el centro de tu mente? ¿Y si una nueva tecnología para proteger al feto amenazase con reducir drásticamente la diversidad humana?

Greg Egan, maestro de la ciencia-ficción dura, plantea estos escenarios y muchos más en esta genial colección de relatos, posiblemente de las mejores que ha dado el género.

«Todos y cada uno de estos relatos son piezas de un virtuosismo absorbente».

Science Fiction Chronicle

«El universo puede ser más extraño de lo que imaginamos, pero le resultará difícil superar a Egan».

New Scientist

«Greg Egan revela maravillas con una capacidad artística que está a la par de su audacia».

The New York Review of Science Fiction

«Una narrativa que expande la mente, y además excelentemente escrita».

The Guardian

Agradecimientos

Gracias a Caroline Oakley, Anthony Cheetham, John Douglas, Peter Robinson, Kate Messenger, Philip Patterson, Tony Gardner, Russ Galen, David Pringle, Lee Montgomerie, Gardner Dozois, Sheila Williams y Bill Congreve.

Mención de derechos

«Transition Dreams» («Sueños de transición») fue publicado originalmente en *Interzone* n.º 76, octubre de 1993.

«Chaff» («Briznas de paja») fue publicado originalmente en *Interzone* n.º 78, diciembre de 1993.

«Cocoon» («Crisálida») fue publicado originalmente en *Asimov's Science Fiction*, mayo de 1994.

«Our Lady of Chernobyl» («Nuestra Señora de Chernóbil») fue publicado originalmente en *Interzone* n.º 83, mayo de 1994.

«Mitochondrial Eve» («Eva mitocondrial») fue publicado originalmente en *Interzone* n.º 92, febrero de 1995.

«Luminous» («Luminoso») fue publicado originalmente en *Asimov's Science Fiction*, septiembre de 1995.

«Mister Volition» («Señor Volición») fue publicado originalmente en *Interzone* n.º 100, octubre de 1995.

«Silver Fire» («Fuego plateado») fue publicado originalmente en *Interzone* n.º 102, diciembre de 1995.

«Reasons to Be Cheerful» («Motivos para ser feliz») fue publicado originalmente en *Interzone* n.º 118, abril de 1997.

«The Plank Dive» («La Inmersión de Plank») fue publicado originalmente en *Asimov's Science Fiction*, febrero de 1998.

Briznas de paja

El Nido de Ladrones ocupa una región más o menos elíptica situada a ambos lados de la frontera entre Colombia y Perú. El territorio se extiende cincuenta mil kilómetros cuadrados por las tierras bajas al oeste del Amazonas. Resulta difícil precisar dónde termina la selva natural y dónde empiezan a tomar el control las especies creadas por la tecnología de El Nido, pero la biomasa total del sistema debe rondar el billón de toneladas. Un billón de toneladas de materiales estructurales, bombas osmóticas, colectores de energía solar, fábricas químicas celulares y sistemas biológicos de comunicación y computación. Todo bajo el control de sus diseñadores.

La información que podían aportar los mapas y las bases de datos se ha quedado obsoleta. La manipulación de la hidrología y de la química del suelo, así como la modificación del régimen de lluvias y de la tasa de erosión, han permitido que la vegetación transforme el terreno por completo: ha modificado el curso del río Putumayo, ha anegado los antiguos caminos convirtiéndolos en ciénagas y ha creado nuevos pasos elevados secretos que recorren la selva. Esta geografía biogénica cambia constantemente, de manera que incluso los testimonios de primera mano de los escasos desertores de El Nido dejan de tener vigencia al poco tiempo. Las imágenes de los satélites no sirven para nada; independientemente de la frecuencia que se utilice, la cubierta forestal esconde o falsifica deliberadamente la firma espectral de todo lo que está debajo.

Las toxinas químicas y los exfoliantes tampoco sirven; las plantas y sus bacterias simbióticas pueden analizar la mayoría de los venenos y reprogramar sus metabolismos para hacerlos inofensivos o incluso transformarlos en alimento. Y pueden hacerlo tan rápido que nuestros sistemas expertos en armamento agrícola no dan abasto para inventar nuevas moléculas. Las armas biológicas son seducidas, subvertidas, domesticadas. Tres meses después de introducir un nuevo virus que se suponía letal para las plantas, encontramos la mayoría de sus genes incorporados en un vector benigno empleado en la compleja red de comunicaciones de El Nido. El asesino se había convertido en el chico de los recados. Cualquier intento de quemar la vegetación es rápidamente sofocado con dióxido de carbono y si se emplea un combustible autooxidante, mediante sustancias ignífugas más sofisticadas. Una vez llegamos incluso a verter unas cuantas toneladas de nutrientes mezcladas con potentes radioisótopos, disimulados en compuestos químicamente idénticos a sus homólogos naturales. Seguimos los resultados mediante instrumentos sensibles a los rayos gamma: El Nido separó las moléculas que contenían isótopos —tal vez determinando sus tasas de difusión en las membranas orgánicas— y después las aisló y las diluyó antes de expulsarlas fuera de su territorio.

Así que cuando me enteré de que un bioquímico de origen peruano llamado Guillermo Largo se había marchado de Bethesda, Maryland, llevándose consigo algunas herramientas genéticas altamente secretas —el fruto de su propia investigación, pero en todo caso propiedad de sus empleadores— y había desaparecido en El Nido, pensé: «Por fin una excusa para tirar la bomba de todas las bombas». La Compañía había estado abogando por una rehabilitación termonuclear de El Nido durante casi una década. El Consejo de Seguridad habría dado su aprobación. Los gobiernos con autoridad nominal en la zona habrían estado encantados. Cientos de habitantes de El Nido eran sospecho-

sos de violar las leyes de los Estados Unidos, y la presidenta Golino se moría de ganas por tener una oportunidad para demostrar que podía jugar duro al sur de la frontera, por mucho que hablase español en la intimidad de su propio hogar. Tras la operación, podría haber hecho una aparición televisiva en horario de máxima audiencia y haberle dicho a la nación que podía estar orgullosa de la Operación Vuelta a la Naturaleza. Y que los treinta mil granjeros que se habían refugiado en El Nido huyendo de la guerra civil no declarada en Colombia sabrían sin duda apreciar su valor y su resolución al verse liberados para siempre de la opresión de los terroristas marxistas y de los barones de la droga.

Nunca llegué a saber por qué no lo hicieron. Quizá se debió a problemas técnicos para asegurarse de que no iba a haber efectos secundarios río abajo, en el sagrado Amazonas, efectos que pudieran borrar del mapa alguna especie telegénica en peligro de extinción justo antes del final de la presente administración. O tal vez al temor de que algún señor de la guerra de Oriente Medio pudiera de alguna forma interpretarlo como carta blanca para usar sus pequeñas y polvorientas armas de fisión sobre alguna minoría problemática, lo que desestabilizaría la región de manera poco deseable. O puede que fuera el miedo a las sanciones comerciales japonesas, ahora que habían vuelto al poder los ecomercaderes, conocidos por su ferocidad antinuclear.

No me enseñaron los resultados de los modelos geopolíticos generados por ordenador. Sólo recibí mis órdenes, codificadas en el parpadeo de los fluorescentes del supermercado del barrio, insertadas entre las actualizaciones de las etiquetas de los precios. Las descifré gracias a la capa neural adicional de mi retina izquierda. Las palabras aparecieron en rojo sangre sobre el macilento fondo de colores alegres del pasillo del súper.

Tenía que entrar en El Nido y rescatar a Guillermo Largo.

Vivo.

Vestido como un agente inmobiliario de la zona —incluyendo el teléfono de pulsera chapado en oro y el peor corte de pelo de trescientos dólares que se pueda imaginar—, hice una visita a la casa abandonada de Largo en Bethesda, un suburbio al norte de Washington, justo en la frontera de Maryland. Era un apartamento moderno y espacioso, amueblado con gusto pero sin ostentación, más o menos lo que cualquier software de marketing que se precie habría intentado venderle de acuerdo con su sueldo menos la pensión alimenticia.

A Largo siempre se le había clasificado como «brillante pero inestable»: si bien era un riesgo potencial para la seguridad, era demasiado talentoso y productivo para desaprovecharlo. Se le había sometido a una vigilancia rutinaria desde que el Departamento de Energía (nombre eufemístico donde los haya) lo contratara, recién salido de Harvard, allá por 2005. Ahora era evidente que la vigilancia había sido demasiado rutinaria... pero también era perfectamente comprensible que treinta años con un expediente intachable hubieran dado pie a cierta relajación. Largo nunca había intentado ocultar sus convicciones políticas; era hasta cierto punto discreto, pero su discreción se debía más al protocolo social que al subterfugio, es decir, que no se ponía camisetas del Che Guevara cuando visitaba Los Álamos. Pero por otra parte nunca había actuado de acuerdo con sus convicciones.

En la pared del salón había un mural pintado con spray. Los tonos eran casi infrarrojos, visibles para la mayoría de los adolescentes molones de Washington, aunque no para sus padres. Se trataba de una copia del tristemente famoso *Teselado del plano con héroes del nuevo orden mundial*, de Lee Hing-Cheung, una imagen digital que se había extendido por la red a principios de siglo. En él podía verse

a los líderes políticos de principios de los noventa desnudos y entrelazados entre sí, en una mezcla a medio camino entre Escher y el Kamasutra. Los líderes depositaban zuruillos humeantes en sus respectivas cavidades cerebrales abiertas, que por lo demás estaban vacías, en un efecto tomado de la obra del satírico alemán George Grosz. Se mostraba al dictador iraquí admirando su propio reflejo en un espejito: la imagen era una reproducción exacta de la portada de una revista de la época en la que se había retocado el bigote para darle un toque convenientemente hitleriano. El presidente de los Estados Unidos sujetaba (en horizontal pero a punto de darle la vuelta) un reloj de arena que contenía los rehenes demacrados cuya liberación había retrasado para asegurar la victoria electoral de su predecesor. Estaba metido todo el mundo, aunque fuera con calzador. Estaba hasta el primer ministro australiano, representado como una liendre que hacía vanos esfuerzos por abarcar la poderosa polla presidencial con sus diminutas mandíbulas. No me costaba imaginarme a los trogloditas neomacarthistas del Senado sufriendo un ataque de apoplejía al ver un cuadro como éste; siempre y cuando se llevara a cabo algo tan tedioso como una investigación sobre la desertión de Largo. Pero, ¿qué otra cosa podíamos haber hecho? ¿Negarnos a contratarle porque tenía un paño de cocina del *Guernica*?

Antes de marcharse, Largo había borrado todos los archivos de los ordenadores del apartamento, incluyendo los del sistema multimedia. Pero yo ya conocía sus gustos musicales, pues había tenido acceso a unas cuantas horas de grabaciones de audio llenas de pésimo ska coreano. Nada de solidaridad étnica revolucionaria, tan encomiable, ni tampoco evocadoras flautas andinas; una lástima, pues lo hubiese preferido de lejos. En sus estanterías había varios libros de bioquímica de su época de estudiante. Estaban en bastante mal estado y lo más probable es que los conservara por motivos puramente sentimentales. También ha-

bía unas cuantas docenas de clásicos de la literatura y varios volúmenes de poesía que olían a humedad, en inglés, español y alemán. Hesse, Rilke, Vallejo, Conrad, Nietzsche. Nada moderno, y nada que se hubiera editado después de 2010. Con unas pocas palabras dirigidas al sistema doméstico Largo había borrado todas las obras digitales en su poder, barriendo de un plumazo un cuarto de siglo de su arqueología personal. Hojeé algunos de los libros que quedaban, sólo por curiosidad: había una corrección a lápiz de la estructura de la guanina en uno de los libros de texto... y un párrafo de *El corazón de las tinieblas* estaba subrayado. El narrador, Marlow, se preguntaba incrédulo por qué la tripulación del barco a vapor —que pertenecía a una tribu caníbal y cuyas provisiones de carne de hipopótamo en descomposición se habían tirado por la borda— todavía no se había rebelado y se lo había comido. Al fin y al cabo:

No hay miedo que pueda hacer frente al hambre, ni paciencia capaz de aplacarla, donde hay hambre no hay lugar para la repugnancia; y en lo que respecta a las supersticiones, las creencias, y lo que pueden llamarse principios, no son más que briznas de paja arrastradas por el viento.

No tenía nada que objetar, pero me preguntaba por qué Largo se habría fijado en ese pasaje. ¿Quizá resonara con sus propias dudas de entonces, cuando intentaba justificar el hecho de aceptar sus primeras becas de investigación del Pentágono? La tinta estaba borrosa; el libro se había impreso en 2003. Hubiera preferido tener una copia de las entradas de su diario de las dos últimas semanas antes de su desaparición, pero los ordenadores de su casa no se habían pinchado de forma sistemática en casi veinte años. Me senté ante el escritorio de su estudio y me quedé mirando la pantalla en blanco de la estación de trabajo. Largo

había nacido en Lima en 1980, en el seno de una familia de clase media que se declaraba católica y ligeramente de izquierdas. Su padre, un periodista de *El Comercio*, había muerto de una embolia cerebral en 2029. Su madre, con setenta y ocho años, seguía trabajando como abogada para una compañía minera internacional; en su tiempo libre procuraba que se respetara el *hábeas corpus* de las familias de los radicales desaparecidos, un hobby que sus jefes toleraban porque, por casi nada, les daba una buena imagen ante los accionistas con inclinaciones democráticas. Guillermo tenía un hermano mayor, cirujano jubilado, y una hermana pequeña, maestra de escuela, ninguno de los cuales era políticamente activo.

Cursó la mayor parte de sus estudios en Suiza y en los Estados Unidos; después de doctorarse, ocupó una serie de puestos de investigación en instituciones gubernamentales, en la industria de la biotecnología y en la universidad; todos ellos más o menos con los mismos patrocinadores. Con cincuenta y cinco años, divorciado tres veces pero sin hijos, sólo volvía a Lima para hacer visitas cortas a la familia.

Después de pasarse tres décadas trabajando en las aplicaciones militares de la genética molecular —al principio sin saberlo, aunque no por mucho tiempo—, cabía preguntarse a qué podía deberse su repentina desertión hacia El Nido. Más aún cuando, durante años, había sabido conjugar cínicamente la investigación para la defensa con sus piadosas inquietudes liberales, haciendo de ello prácticamente un arte. Su perfil psicológico más reciente así lo sugería: un orgullo feroz en sus logros científicos compensaba el desprecio que sentía por sí mismo al contemplar sus aplicaciones finales; y el conflicto interno mostraba indicios de que estaba dando paso a una cómoda indiferencia. Una dinámica bien documentada en la industria.

Era como si Largo hubiera asumido —en su fuero interno, hace treinta años— que sus principios no eran «más que briznas de paja arrastradas por el viento».

Tal vez había decidido, con cierto retraso, que si iba a prostituirse, por lo menos debía hacerlo bien y vender sus habilidades al mejor postor, aunque ello implicara abastecer de armas genéticas a un cartel de la droga. Sin embargo, yo había visto sus cuentas: ni fraude fiscal ni deudas de juego, ningún indicio de que hubiese vivido por encima de sus posibilidades. Traicionar a sus jefes, igual que había traicionado sus propios ideales de juventud al unirse a ellos podría haberle parecido un gesto nihilista oportuno. Pero a un nivel más práctico, resultaba difícil imaginar que le pudiera tentar el dinero, o que no hubiese meditado las consecuencias de dar semejante paso. ¿Qué le podía haber ofrecido El Nido? ¿Una cuenta numerada por satélite y una nueva identidad en Paraguay? ¿Los sórdidos placeres de la vida en los márgenes de la plutocracia del Tercer Mundo? Habría tenido todas las de ganar disfrutando de su jubilación en su país de adopción. Podría haberse lavado la conciencia publicando uno o dos ensayos vitriólicos sobre política exterior en alguna revistilla de izquierdas en internet. E incluso podría haberse convencido de que un país que le permitía expresar su opinión con tanta libertad, probablemente merecía todo lo que había hecho por defenderlo.

Y precisamente lo que había hecho por defenderlo (las herramientas que había perfeccionado y robado) era lo que no me estaba permitido saber.

Anochecía cuando cerré el apartamento y me dirigí hacia el sur por la avenida Wisconsin. Washington se animaba, las calles abarrotadas de gente en busca de algo que las distrajera del calor. En las ciudades las noches se estaban convirtiendo en un espectáculo alucinante. Los adolescentes hacían ostentación de simbioses bioluminiscentes. Las venas de las sienes, el cuello y los músculos inflados de los antebrazos brillaban con un azul eléctrico. Parecían diagramas de circulación andantes y para mejorar el efecto fo-

mentaban la hipertensión. Otros empleaban simbioses retínales que hacían visible la radiación infrarroja, y sus ojos rojos relucían en las sombras como los de un vampiro.

Y otros, más discretos, tenían el cráneo lleno de Caballeros Blancos.

Las células madre de la médula ósea infectadas con Madre —un retrovirus artificial— generaban algo que estaba a medio camino entre una neurona embrionaria y un glóbulo blanco. Los Caballeros Blancos segregaban las citoquinas necesarias para atravesar la barrera hematoencefálica, y una vez atravesada, las moléculas indispensables para la adhesión celular los guiaban hasta sus objetivos. Era entonces cuando podían inundar el punto con un neurotransmisor específico llegando incluso a formar cuasi sinapsis temporales con las neuronas auténticas. A menudo el flujo sanguíneo de los consumidores contenía más de media docena de subtipos al mismo tiempo. Cada uno de ellos se activaba mediante un aditivo dietético concreto: cualquier compuesto químico barato, inofensivo y perfectamente legal que no estuviera presente en el cuerpo de forma natural. Si se ingería la combinación correcta de colorantes, saborizantes y conservantes artificiales, todos ellos inocuos, se podía modular la neuroquímica del cerebro casi a voluntad... hasta que los Caballeros Blancos morían de acuerdo con su programación y una nueva dosis de Madre se hacía necesaria.

Madre se podía esnifar o se podía pinchar en vena, pero la manera más eficaz de tomarla era punzando un hueso e inyectándosela directamente en la médula. Un método que era doloroso, sucio y muy arriesgado, aunque el virus en sí no estuviera contaminado y fuera auténtico. El material bueno provenía de El Nido, el malo de laboratorios clandestinos en California y Texas. En estos laboratorios los piratas genéticos intentaban por todos los medios que cultivos celulares infectados con Madre reprodujeran un virus expresamente diseñado para impedirselo. En el intento se

producían cepas mutantes ideales para inducir leucemia, astrocitomas, parkinson y un gran surtido de psicosis de nuevo cuño.

Avanzaba por la sofocante y oscura ciudad, viendo a las masas desatadamente alegres, y me sentí invadido por una claridad penetrante, como en un sueño. Por un lado me notaba insensible, pesado, vacío, pero por otro me sentía electrizado, omnisciente. Era como si pudiera adentrarme en los paisajes ocultos de la gente a mi alrededor, como si pudiera ver más allá de los ríos de sangre luminosos. Observaba a la gente y la discernía hasta los huesos.

Hasta el tuétano.

Conduje hasta el límite de un parque en el que había estado antes y esperé. Iba vestido para el papel. Los jóvenes pasaban por delante, sonrientes, algunos le echaban un vistazo al Ford Narcissus 2025 plateado y silbaban con admiración. Un adolescente bailaba en la hierba, solo, infatigable; colocado hasta las cejas de Coca-Cola y ni siquiera le pagaban por fingirlo.

Al poco rato una chica se acercó al coche, las venas azules refulgían en sus brazos desnudos. Se inclinó hacia la ventanilla y echó un vistazo al interior con curiosidad.

—¿Qué tienes? —me dijo.

Debía de andar por los dieciséis o diecisiete años, delgada, ojos oscuros, la piel de color café, con un ligero acento latino al hablar.

Podría haber sido mi hermana.

—Arco iris sureño.

O lo que es lo mismo: los doce genotipos principales de Madre, directamente de El Nido, cortados sólo con un poco de glucosa. El arco iris sureño —y un poco de comida basura— podía llevarte a cualquier parte.

La chica se me quedó mirando, escéptica, y alargó la mano derecha con la palma hacia abajo. Llevaba un anillo con una joya enorme de varias facetas que tenía una cavidad en el centro. Saqué un sobrecito de la guantera, lo agi-

té, lo rasgué por un extremo y eche unas motilas de polvo en la cavidad. Luego me incliné un poco hacia delante y humedecí la muestra con saliva. Le sujeté los dedos para que no se le moviera la mano; los tenía helados. Las doce facetas de la «piedra» se pusieron a brillar al instante, cada una con un color distinto. Los sensores inmunoeléctricos de la cavidad, condensadores minúsculos recubiertos con anticuerpos, estaban diseñados para reconocer algunos de los puntos específicos de las capas proteínicas de las diferentes cepas de Madre: en concreto aquéllas que a los piratas les resultaba más difícil imitar.

Aunque si se disponía de una tecnología lo bastante buena, esas proteínas no tenían por qué tener la más mínima relación con el ARN de su interior.

La chica parecía impresionada; sólo de pensarlo se le iluminó el rostro. Negociamos un precio. Demasiado bajo, lo que debería haberle hecho sospechar.

Antes de pasarle el sobrecito la miré a los ojos y le dije:

—¿Para qué necesitas esta mierda? El mundo es lo que es. Tienes que afrontarlo, tienes que aceptarlo como es: brutal y terrible. Tienes que ser fuerte. No te engañes a ti misma. Es la única manera de sobrevivir.

Ella esbozó una sonrisita ante mi flagrante hipocresía, pero estaba tan contenta que ni siquiera se mosqueó.

—Tienes toda la razón. El mundo está muy mal.

Me puso el dinero en la mano y con una sinceridad falsa añadió toda angelical:

—Y esta es la última vez que me meto Madre, te lo prometo.

Le di el virus letal y me quedé mirando cómo se alejaba por la hierba y desaparecía en las sombras.

Al piloto de las fuerzas aéreas colombianas que me llevó desde Bogotá no parecía entusiasmarle tener que arriesgar su vida por un burócrata de la DEA. Eran setecientos kiló-